

BIBLIOGRAFÍA.—*Lenormant y Babelon*, Historia de Oriente, 5 vols., ed. fr. *Maspero*, Los pueblos del antiguo Oriente, 2ª ed. fr. *Duncker*, Hist. de la Antigüedad, ed. esp. Egipto, los Persas, etc., en la col. Onckan, esp. Asiria, Kaldea (col. inglesa de la hist. de las Naciones, trad. esp.) *Sierra*, Hist. de la Antigüedad, ed. mexicana. Hist. de la Civilización por *Seignobos*, 1ª vol., ed. fr. y su Hist. narrativa y descriptiva de los antiguos pueblos de Oriente, ed. fr.

Observaciones generales.

1. La historia que acabamos de resumir ha necesitado un número de siglos triple del que empleó la civilización helénica en desenvolverse y transformarse en la actual.

2. Esta historia forma una serie, y desde un punto de vista superior, una civilización sola, que desenvolviéndose en cada grupo parcial de lo menos á lo más heterogéneo, de lo indeterminado á lo *diferenciado*, en su movimiento total marchó por vastas integraciones ó unidades cada vez más comprehensivas, hasta la inmensa que se llamó el imperio persa, la mejor organizada de todas.

3. Los egipcios y kaldeo-asirios fueron maestros en industria, en arte, en ciencia de la humanidad occidental, porque se pusieron por medio de los asiáticos y fenicios en íntimo contacto con el alma eminentemente asimiladora y creadora después, de los helenos, cuya civilización ha tenido en la matriz oriental su período de gestación.

4. Esta conexión se renueva en el transcurso de los siglos helénicos, al grado que en los romanos imperiales, la cultura reinante en el Mediterráneo del Este, la que tan activamente absorbió Roma, pudo llamarse heleno-oriental.

LOS HELENOS.¹

Subdivisiones: I. Tiempos primitivos.—II. Los siglos de formación. III. Las guerras heleno-pérsicas.—IV. Apogeo del desenvolvimiento helénico.—V. Filipo y Alejandro.—VI. El helenismo.

TIEMPOS PRIMITIVOS.

(Siglo XVI & XI a. E. V.)

1. El mundo helénico.—2. Los tiempos pelásgicos.—3. El período iónico.
4. Las invasiones dóricas.

1. La costa occidental del Asia Menor, las islas del mar Egeo y las costas orientales de la doble península que llamamos Grecia, constituyen una unidad geográfica. El Asia Menor, rodeada de islas, de entradas marinas, surcada por los ríos que de su meseta central bajan al occidente, fué propicia á la exuberante proliferación de la primitiva sociedad helénica. Lo mismo las costas helénicas que miran al Asia; en brevísimo espacio resumen una inmensa línea de litorales, bajo la misma clemencia atmosférica. Las islas, puede decirse, canalizan el mar Egeo, presentando escalas continuas á los navegantes que en la buena estación impelen los soplos periódicos de Asia hacia Europa. Este conjunto admirable que el mar no divide, sino que articula, organiza y unifica, fué el teatro histórico de la vida helénica. Pero si el factor geográfico-marítimo explica la constancia y la fecundidad del contacto entre Asia y Grecia, la estructura de la península griega da la clave de su historia política. Dos regiones la dividen: la Hélada y el Peloponeso reunido á la primera por el estrechísimo istmo corintio. Una cordillera que se desprende del Hemos (Balkán) baja al S. dividiendo las regiones ilíricas de las macedonias y luego el Epiro de la Tesalia hacia la cual proyecta una cadena dominada por la pirámide de cristal del Olimpo, en donde Zeus reposaba en su gloria. Al S. de la Tesalia y de la sierra del Eta, entre ésta y el golfo Maliaco, se abre

¹ Segunda división de la historia de la antigüedad.

la estrechísima puerta de la Hélada, las Termópilas. En esta región, el Pindo se distribuye en intrincadas complicaciones orográficas que se detienen, al O. en las costas inhospitalarias de Etolia, al S., en el golfo de Korinto, dominado por el sistema del Parnaso en cuya falda se oculta la sacrosanta Delfos, y al E. en la feraz y nebulosa Beocia. Una península pequeña, marmórea, seca, surcada de montañas ricas en plata y miel, bañada por el maravilloso golfo Saroniko, se adelanta al S.E.: el Atika; allí floreció Atenas. El Peloponeso se compone de una meseta nunca bien poblada ni civilizada, la rústica Arkadia, que baja suavemente al golfo corintio y divide en su derredor, con sus desprendimientos orográficos, Etolia de Mesenia, ésta de Lakonia y de Argólida, formando al S. una doble península y un triple golfo.

Si el mar unía, la montaña dividía á los griegos y los aislaba en cerradas comarcas; por eso hubo tanta variedad de caracteres y de designios entre ellos, por eso nunca formaron una *patria* en la acepción unificante de la palabra. Pero había entre ellos un elemento superior de unidad que neutralizaba al elemento divisor: la raza. Ramificación marítima de la familia indo-europea, el grupo helénico tenía plena conciencia de su identidad en medio de tanta diversidad física. En su espíritu colectivo dominaba la facultad congénita de encontrar en todo la proporción y la armonía; esa facultad psicológica permitió á los helenos hallar la relación armónica entre la razón y la naturaleza: la filosofía, y la armonía entre la naturaleza y el sentimiento: la estética, es decir, las nociones de lo verdadero y de lo bello de donde deriva la de lo bueno. Sobre esta doble base, la ciencia y el arte, fundaron los helenos la civilización humana.

2. Se han hallado en Grecia vestigios de la edad de piedra y de un arte no superior al de las tribus salvajes de Oceanía (isla de Santorin y vestigios de la más inferior de las ciudades superpuestas exploradas por Schliemann en la colina de Hissarlik en donde, según él, estuvo Troia). Una gran emigración de origen asiático y acaso indo-europeo, se extendió del Asia por el Helesponto á la hoy península balcánica, á la italiana, á Sicilia; estos emigrantes han recibido el nombre de *Pelasgos*. Una parte de esta familia, la marítima, adiestrada por los fenicios, invadió con diversos nombres, y en ocasiones distintas, el Delta del Nilo. Cuando Ramses III puso coto en el siglo XIV a. E. V. á estas excursiones, los piratas se reconcentraron en las costas del Egeo y del mar Tirreno quizás (Tursha y Shardana, Tirrenos y Sardos, v. He-

rodoto). ¿Entonces fué cuando para dar seguridades al comercio marítimo se formó ese antiquísimo reino de Kreta ligado con la memoria del inflexible Minos?

Cuando se trata de los pelasgos, todo es problema; indo-europeos, según los más, semitas para otros, idénticos á los lelegios, á los karios, á los filisteos en opinión de muchos; dueños de vastísimo imperio prehistórico que impidió á los iberos extenderse por el Mediterráneo oriental, á creer los asertos de ciertos autores, la verdad es que en donde quiera que aparecieron estos pelasgos que podrían llamarse también proto-helenos, se dedicaron á trabajos agrícolas y colocaron en lugares propios para la defensa, fortalezas formadas de grandes bloques, á semejanza quizás de otras encontradas en las comarcas en que se establecieron (muros kiklopicos, Tyrinto; pelásgicos, Mikenas). También es seguro que con estos pueblos estuvieron en constante contacto los fenicios de Sidón; vestigios claros hay de ello.

3. El elemento propiamente helénico se infiltró lentamente en el pelásgico; uno de los pueblos que al primero pertenecía logró establecerse en los litorales asiáticos, aprendió de los fenicios ó de sus discípulos los pelasgos marítimos, la navegación, é ingenioso y audaz logró fijarse en las costas de Grecia. En el Peloponeso estos inmigrantes arrojaron hacia la meseta central á los pelasgos, se situaron en Lakonia y Argólida, y fueron los *akheos*; en Atika conquistaron una roca fortificada, futuro akropolis (ciudadela) de Athenas, y se llamaron *ionios*.

Los ionios (así llamaremos á todo el grupo) introdujeron en la historia un elemento nuevo, *la ciudad* (Polis). Esta institución, tanto como la lengua riquísima y ya organizada como una obra de arte, distinguió desde entonces al heleno del bárbaro. En Oriente no había *ciudades* en el sentido real de la palabra, sino *poblaciones*; eran éstas un conjunto de grupos rigurosamente clasificados por industrias ó funciones y que constituían verdaderos mecanismos, cuyo motor normal era la voluntad de un déspota divino consagrado á mantener el orden y sacar provecho de una multitud que lo adoraba. En Grecia es una agregación orgánica que supone un pacto entre sus miembros, e. d., una voluntad general, e. d., *una libertad*; las ciudades de Oriente son aglomeraciones, las helénicas son *instituciones*.

La *familia*, que se formó lentamente en el seno de la horda hasta constituirse en patriarcado por el doble influjo de la religión y la propiedad, es la base orgánica de la ciudad. El padre, jefe del culto do-

méstico de los antepasados, dueño de su esposa, de sus hijos, de sus esclavos, representa y resume la familia; pero si el padre es sacerdote y monarca, con derecho de vida y muerte sobre los suyos, no es un ser divino, está sometido á los dioses, y la sumisión á los dioses quiere decir, á las reglas inferidas de las necesidades sociales, á la ley moral, en suma, que le prescribe cariño, respeto y protección á su esposa, á sus hijos y á sus esclavos, parte de la familia.

El grupo doméstico creció, se dividió, siguiendo la ley de todo organismo, en varios que permanecieron ligados por el culto del antepasado común, formando así el conjunto que los helenos llamaron *genos*; siguiendo sus funciones eminentemente sociales, la religión organizó la liga de los genos y formó la *fratria*; asociadas éstas, formaron la *file* ó tribu que gozaba en varias regiones de toda su autonomía, aun en los tiempos históricos. La asociación de las tribus, simbolizada por el culto de una divinidad, constituyó la *ciudad*. El *basileo* ó rey (función cuyo origen debe buscarse en las necesidades que la guerra imponía á las hordas primitivas) era el jefe del culto de la ciudad, era el caudillo en la guerra, el juez supremo en la paz, presidía las asambleas en el agora, se mantenía con tributos especiales, poseía cierto derecho de vida y muerte sobre los súbditos, vestía el manto rojo (el color preferido de todos los pueblos primitivos) y usaba el cetro, que era un báculo de pastor; su casa ó *Pritaneo* era el hogar de la ciudad. Los jefes de las familias que conservaban intactos sus cultos particulares, formaban el consejo del basileo, *bulé* ó *gerusia* (senado) que deliberaba con su jefe en el lugar más público, que era el mercado ó *agora* (foro). Los otros ciudadanos libres formaban asambleas electorales ó confirmantes (rara vez deliberantes) que se llamaban *ekklesias*.

La Religión era un *politeísmo* (ó muchos dioses ó religión política) formado en cada ciudad por un conjunto de mitos y de ritos que partían de los observados en cada familia. Eran los dioses (antiguos antepasados) tipos humanos más ó menos perfectos que personificaban los ideales ó los recuerdos de la localidad, pero inmortales y que se confundieron pronto con fenómenos naturales personificándolos; de estos fenómenos, los que más influyeron en el heleno primitivo, fueron los crepusculares. Esta tendencia á humanizarlo todo, se ha llamado *antropomorfismo*. Naturalmente la reunión de los dioses, imagen de la sociedad helénica, era una ciudad; el Olimpo era su *akrópolis*; Zeus, una tradicional divinidad pelásgica (el éter luminoso), era el

rey; los grandes dioses locales formaron su gerusia soberana: Athena, Poseidón, Arés, etc., y otra multitud de númenes que poblaban la naturaleza entera desde el Sol (Helios) hasta las ninfas de las fuentes, resto del animismo primitivo, formaban el pueblo divino.

Había ya algunos santuarios, que gozaban en todo el mundo iónico de gran fama, encargados á familias sacerdotales y dotados de oráculos que revelaban las causas de las cosas y los destinos de los hombres por medio de comunicaciones directas con la divinidad; en el más antiguo de estos oráculos el de Dodona en Epiro, famoso ya entre los Pelasgos, Zeus se comunicaba por medio del rumor de las encinas; sin embargo, en los tiempos iónicos el más venerado era el del santuario de Apolón en Delfos. Una mujer sentada en una trípode dispuesta sobre una hendedura en la roca de donde emanaba un gas asfixiante, emitía las respuestas que daba el dios á sus consultantes; estas respuestas, recogidas y descifradas por los sacerdotes, tenían un ritmo especial, y como ya estaba formada la lengua helénica, obra admirable de lógica y arte, resultaban versos hexámetros.

En estos santuarios, y en honor de los dioses, nació también la poesía en forma de *himnos* cantados en los sacrificios en torno del ara ó en los banquetes que les sucedían, ó en las fiestas ó juegos que en ciertos períodos se celebraban cerca de los templos, y en que lucían los helenos á porfía su hermosura y destreza físicas (Lo que más se acerca á estos himnos primitivos es la invocación á las musas en Hesiodo, Trabajos 1-9).

Una moral, ó patrón ideal de la conducta, estaba prescrita ya, y en las costumbres frecuentemente rudas y semisalvajes de aquellos guerreros y piratas, se tenían como sagradas la hospitalidad, la inviolabilidad de la fe conyugal, el pudor de la mujer y el temor á la justicia del cielo; estas virtudes descollaban en un mar de pasiones y de instintos propios de las razas en plena juventud.

Las construcciones, el uso del bronce de Sidón para adornar los edificios y las esculturas, las joyas, los tocados, amén de otros indicios de que hemos hablado ya, demuestran la influencia oriental en la cultura iónica. La leyenda de Kadmos, constructor de ciudades é introductor del *Alfabeto*, revelan bien la memoria de un hecho indudable: los fenicios enseñando á los ionios la industria, la navegación, la escritura.

4. Había, pues, en el XII Siglo una cultura helénica, y acaso ésta habría quedado más y más subordinada al influjo oriental que hacia

Europa irradiaba, si nuevos grupos helénicos que durante las migraciones prehistóricas habían quedado acantonados en las montañas de Tessalia, no hubiesen descendido hacia las comarcas ionias y akheas, conduciendo la guerra, la destrucción y las hondas perturbaciones sociales, pero con ellas una renovación de virilidad y fuerza.

Los tesalios que habitaban el Epeiro ó Epiro, transpusieron el Pindo y se acantonaron entre el Olimpo y el Eta, desalojando á los beocios y dorios que ahí habitaban; los primeros acamparon entre el Eta y el Atika; los segundos se desprendieron de la Hélada y penetraron por el Golfo y por el Istmo en el Peloponeso; estas invasiones dóricas se verificaron en el siglo XI a. E. V. Más guerreros que los ionios y akheos, los dorios, expulsaron á los primeros y removieron á los segundos extendiéndose por todo el S. y el E. de la península, dejando á los akheos el N. (Akaia), á sus aliados de Etolia el O. (Élida) y á los arkadios el centro. Los invasores se situaron en Messenia, en Lakonia y en Argolida. Los caudillos ó reyes dorios, mucho más tarde y para santificar por medio de una leyenda mítica la conquista, adoptaron la que se refería á los descendientes de Herakles expulsados del Peloponeso y vueltos á él acaudillando á los dorios; así aquel gran despojo se convirtió en reivindicación y la conquista se llamó "la Vuelta de los heraclidas."

LOS SIGLOS DE FORMACIÓN.

(Siglo XI á V a. E. V.)

1. Las Colonizaciones.—2. Los helenos de Asia: poesía y religión.—3. La transformación política: las Oligarquías; Esparta, su constitución y hegemonía en el Peloponeso.—4. Tiranías y democracias. Atenas: Solón, los Pisistratidos, Kleistenes.

1. La piratería y el comercio, frecuentemente confundidos en aquellas épocas, mantenían las relaciones entre el Asia Menor, las Islas y el Continente; pero los grandes grupos de emigrantes no comenzaron á salir de los puertos helénicos, sino en la agitada época que sucedió al ingreso de los beocios y dorios en la Hélada y el Peloponeso. Del puerto de Aulis en el canal de Eubea, partió el primer enjambre de akheos, beocios, etc., con el nombre de Eolios; el establecimiento de

estos colonos fué lento, y sin duda á fuerza de combates lograron fijarse desde más allá de la Troada en el Helesponto y en las faldas del Ida, en la fértil desembocadura del Hermos, en que brilló Kume y en las islas de Tenedos y Lesbos, ricas en aceite y vino. Parte de la población iónica expulsada del Peloponeso por los dorios, se refugió en Atika, en donde una de las familias inmigrantes dió reyes á Athenas (los Kodridos), salieron las otras, llevando el fuego sagrado del Pritaneo de Athenas, rumbo al Asia menor, donde encendieron nuevos hogares iónicos en Miletos, Efeso, Smirna, las islas adyacentes y la mayor parte de las de la zona insular intermedia en el Archipiélago. Del Peloponeso y Kreta, bajo los auspicios de los dorios, otras excursiones fueron á fijarse entre la isla de Rodas y el promontorio de Halikarnaso.

Muy luego los ionios formaron una federación ó liga religiosa, cuyo santuario central fué el *Panionión* en el promontorio de Mikale, recibiendo la liga el nombre de *Ionia*; siguiendo este ejemplo, se formaron al N. y al S. dos ligas que se llamaron *Eolia* la primera y *Doria* la segunda. Así fué, como los ionios emigrados del Asia menor en las épocas prehistóricas volvieron á su antigua Patria (Curtius).

La expansión de la familia helénica cobró nueva fuerza después de este primer período, y la Grecia continental y las colonias asiáticas aparecieron en todo el Mediterráneo como fundadoras de ciudades. Los marineros de Miletos, célebre ya por sus cuatro puertos y sus ricas industrias de tapices, descubren por decirlo así el Ponte Euxino (Mar Negro), rico en pescaderías, en costas de tierra negra que se cubrían de opulentos trigales, y en cuyas playas meridionales terminaban los itinerarios de las caravanas que de Ninive venían en busca de salazones, cueros, miel, cáñamo, oro y esclavos; milesios fueron también los que lograron fundar en el Delta del Nilo, á Naukratis, que considerada al principio como un lazareto, fué la puerta por donde la influencia helénica penetró en Egipto. Del Bósforo, en que fundaron á Bizancio, á la península Kalkidica, los helenos de Europa sembraron también nuevas colonias; pasaron luego á Italia, y akheos, dorios y ionios se establecieron en el Golfo de Tarento, en ciudades opulentísimas como Sibaris, ó guerreras como Krotona, ó mercantiles como Tarento, la de las inagotables pescaderías; éstas á su vez tuvieron otras colonias en Campania: Kume, Neapolis. Sicilia, en donde los dorios disputaron á los fenicios de Kartago la posesión de Sirakusa, tuvo también sus ciu-

dades helénicas. Aquellos colonos llevaron á Italia no sólo el ciprés, el plátano, el olivo y la viña, sino sus costumbres, sus artes, su lengua, su espíritu; aquella fué una Grecia nueva, más opulenta si más muelle que la otra; los griegos la llamaron la Gran Grecia. Antes del siglo VI estos infatigables marinos habían dejado en las Bocas del Rodano (Marsella) y en el N. de Africa (Kirene) brillantes fundaciones. Los sacerdotes del santuario de Delfos, perfectamente informados por sus relaciones con los peregrinos, aconsejaron y guiaron durante mucho tiempo el movimiento colonial, que á la vez era religioso y mercantil. Las colonias, imagen de la madre patria, conservaron vínculos religiosos con sus metrópolis, pero fueron organismos políticos totalmente independientes.

2. Los sucesos que entre las invasiones dóricas y el establecimiento de las colonias en Asia, habían removido el mundo iónico, exacerbando la imaginación y el sentimiento de aquella raza privilegiada, produjeron una exuberante vegetación de leyendas en que quedaron envueltos para siempre los hechos de aquella remotísima historia. Los orígenes del mundo, el de la familia helénica, la distribución en tres razas: eolios, ionios y dorios; la procedencia divina de las familias reinantes en los pueblos de donde las colonias habían procedido; las primeras grandes expediciones marítimas simbolizadas en el "Viaje de los Argonautas;" las luchas de los eolios en Asia, condensadas en el largo asedio y toma de Ilión ó Troia por los helenos confederados, eran los temas principales de aquella activísima elaboración de los mitos y las leyendas. Estos temas informaron epopeyas anónimas, colectivas, digámoslo así, y eminentemente populares; los poetas ó *aedas* primitivos se adueñaron de este material y lo organizaron, cantando acompañados de la kítara ó lira, sus poemas heroicos y narrativos; así nació la poesía épica. Los más aplaudidos de estos cantos eran, entre los eolios, los que á la destrucción de Troia se referían, y que los *aedas* eolios llevaron á Ionia. En la isla de Khíos existía una *gens* ó grupo de familias consagradas á la composición de poemas épicos, cuyo antepasado común se llamaba Homero. Alguno de estos homeridas fué el admirable autor de los principales cantos de la *Iliada* (sitio de Ilión), que otros desarrollaron luego y que los repetidores ó *rapsodas* recitaron, sin música ya, de pueblo en pueblo; lo propio debe de haber sucedido con la Odisea (vuelta de Odiseo ó Ulises á Ithaka su patria).

Un alto sentimiento moral formaba la unidad de cada uno de los poemas, y las costumbres, las virtudes ó los vicios que en aquellas composiciones heroicas se cantaban, eran los de la familia iónica antes de la invasión dórica.

Las otras leyendas también se transformaron en poemas (quedan algunos con el nombre de *cíclicos*). Mas no sólo en Asia, sino en la Hélada, produjo la poesía épica obras de gran aliento, como el poema perdido de la *Tebaida*, y

la poesía *didáctica* ó consagrada á la instrucción religiosa, moral, agrícola, etc., produjo á su vez la serie atribuída al aeda Hesiodo, cuyos poemas más notables son los Trabajos y la Theogonía.

Del IX al VIII siglo la poesía épica había hecho "la educación íntima del espíritu helénico, había llenado las imaginaciones de bellas y grandiosas imágenes, había puesto en circulación una cantidad casi infinita de sentimientos y de ideas y había creado un lenguaje delicado y soberbio." No se puede decir que el alma helénica se agotase al fin, sino el género épico; entonces apareció la poesía *lírica*. Emancipado del metro épico, el ionio crea nuevas formas de canto como la *elegía* y el *iambo*; y con Kratinos, con Tirteo, consagra la primera á suscitar el entusiasmo guerrero y cada vez menos impersonal, más subjetiva la poesía nueva, el *iambo*, el metro de la ira implacable y de la sátira, es inventado por Arkilokos.

Después la elegía se torna en sentenciosa ó gnómica (Theognis) y política (Solón). La prosa estaba á punto de nacer, y con ella, después de las formas preliminares de la lírica que acabamos de apuntar, nacen otras que darán su carácter definitivo á este género de poesía.

La Religión fué la madre de la poesía; pero ésta á su vez convierte á la religión en obra de arte. La oligarquía divinizada que se llama el politeísmo, pierde mucho con los homeridas del misterio de los santuarios nativos; pero al humanizarse se ennoblece. En la *Iliada* son los dioses héroes gigantesco; la voz de Arés parece el clamor de un ejército; oyesse en una comarca el ruido del carcax de Apolón. Como ahí se juntaban por primera vez, digámoslo así, los dioses locales pelean por sus ciudades preferidas; de aquí los divinos combates que apenas se conocen ya en la *Odysea*. Poco á poco la noción divina se hace incorporéa. En la *Theogonía* de los poetas hesiódicos impregnados del espíritu dominante en el santuario de Delfos, la sociedad de los dioses se organiza mejor, los mitos se coordinan por medio de genealogías en que figuran en los comienzos de las cosas el espacio vacío (Khaos), la Tierra (Gaia) y el Amor (Eros). Vienen después Uranos (el cielo), emasculado por su hijo Kronos (el tiempo), á quien su hijo Zeus á su vez destrona. Contra éste se sublevan los Titanés (fuerzas naturales), pero con Zeus triunfa el orden definitivo. Bajo los auspicios de las ideas delficas, Hesiodo predica la necesidad suprema del Trabajo y la divinización de la *Justicia*, como los homeridas habían santificado la piedad filial, la hospitalidad (forma patriarcal de la caridad) y la inviolabilidad del pacto matrimonial. La familia y la sociedad tuvieron, gracias á la poesía, un ideal humano.

3. Mas si la religión y la poesía habían logrado realizar una especie de unidad social superior, entre los helenos, la índole de la raza y el medio geográfico habían de ser eterno obstáculo á la formación de una unidad nacional. Por eso, antes de las guerras médicas, no hay historia política griega, sino historias diversas de las ciudades griegas. Se-

guir cada una de estas evoluciones parciales es aquí imposible; nos fijaremos por ello, en dos ciudades típicas hacia las cuales acaba por gravitar toda la historia helénica: Esparta y Athenas.

Los dorios, que invadieron á Lakonia, escogieron en el valle superior del Eurotas una posición admirablemente fuerte; probablemente los akheos opusieron tenaz resistencia y hubo necesidad de transigir con ellos; ¿á esto se debe la existencia en Esparta de dos familias reales que jamás emparentaron? Los conquistadores atribuyeron luego á Likurgo, personaje semi-histórico, una legislación que puso fin á un período de anarquía, y que era anterior á la primera olimpiada. Lo cierto es que esa legislación emanó de las necesidades y costumbres de los espartanos, organizadas definitivamente bajo los auspicios del oráculo de Delfos. Resumamos esa organización: *Instituciones sociales*. Ejército acampado en país enemigo, eso parecía Esparta; el número y el estado de servidumbre en que la población rural quedó después de la conquista, obligó á los dorios á vivir eternamente como soldados sobre las armas. El niño espartano que prometía desde su nacimiento ser fuerte, porque á los débiles los abandonaban, pertenecía á la República. A los siete años se apartaba del *gineceo* en donde recibía el cuidado materno, aunque ya sometido á un régimen de privaciones y delatigo, y acostumbrado, casi desde que podía tenerse en pié, á la intemperie, á la sobriedad y á la lucha. Los jóvenes apenas aprendían á leer ó escribir; pero la música, sobre todo los cantos militares y las danzas guerreras (la *pyrrika*), eran, con los ejercicios físicos, sus ocupaciones favoritas. Y entonces el espartano era un soldado incomparable y un gimnasta de primer orden. Ya hombre y ciudadano, tenía derechos políticos y debía asistir á la comida común (*sisicia*). Cuando con su media túnica roja y su larga pica, el infante espartano se movía en el campo de batalla, entonando sus cantos de combate, los enemigos temblaban. El espartano nada tenía en propiedad; el Estado cedía á cada ciudadano un lote de la tierra pública en usufructo, y los *hilotas*, verdaderos siervos de la gleba que tenían ciertos derechos sobre el producto de su trabajo, cultivaban los campos y alimentaban á sus señores, á quienes acompañaban en las campañas; por eso el espartano no tenía más que un oficio, la guerra. Sólo dos clases de personas podían ser propietarias: las mujeres, que acabaron por gastar gran lujo y adueñarse de la riqueza territorial, y los *periekos*, que era la parte acomodada entre la población indígena sometida.

Instituciones políticas. Había dos reyes; su papel era religioso, pues eran sacerdotes de Zeus y agentes del oráculo delfico, y militar, porque eran jefes por turno del ejército y podían declarar la guerra. Un Senado (*gerusia*) compuesto de veintiocho jefes de familia, nombrado por aclamación popular y cuyas funciones eran legislativas. El pueblo, compuesto de los ciudadanos de origen dórico, era consultado y podía votar, no deliberar. Los *Eforos* constituían un cuerpo de magistrados nombrados por el pueblo y que duraban un año; su función principal era velar por el mantenimiento de la constitución y la pureza de las costumbres. Institución posterior á las demás, llegó á ser la primera entre todas; los reyes podían ser juzgados y condenados por los eforos, ante quienes prestaban juramentos periódicos. Su vigilancia era tal respecto de la disciplina, que una vez castigaron á un joven que comenzaba á engordar, y para mantener en su estado de sumisión absoluta á la población servil, organizaban frecuentemente expediciones de desconfianza y emboscadas (*kristeia*) contra los hilotas.

Convertido el pueblo espartano en admirable instrumento de guerra, cuando se hubo adueñado de Lakonia, pretendió adquirir territorio más allá de sus fronteras; á otro lado de las cimas nevadas del Taigeto se tendía el exuberante valle del Pamysos poblado por dorios mesenios. Data de fines del siglo VIII a. E. V. el primer conflicto serio; la resistencia de los mesenios fué heroica, pero sucumbieron al fin; los vencedores fueron implacables; abrumados de penas y humillaciones, los mesenios se sublevaron de nuevo en el siglo siguiente. Poemas hechos mucho tiempo después por los herederos de los vencidos, cuando renació á la vida Mesenia, refieren las hazañas maravillosas de los héroes de ambas guerras, Aristodemo y Aristomenes. La verdad es que, vencidos de nuevo, unos fueron al extranjero, en donde conservaron su odio á Esparta como una religión; los otros quedaron reducidos al hilotismo. Después los espartanos mermaron una parte del territorio de Arkadia, y arrebataron á los reyes de Argos, en beneficio de los habitantes de la Elida, la presidencia de los juegos olímpicos.

En todas las ciudades y en honor de todos sus dioses celebraban fiestas *agonísticas* ó juegos, los helenos; ahí se hacía ostentación de la fuerza ó la destreza en la lucha y en la carrera á pie, á caballo, en carro y alguna vez en la música. Los juegos celebrados en honor del Zeus de Olimpia, en la Elide, fueron famosos desde tiempo inmemorial en el Peloponeso y pronto su fama trascendió á todo el mundo helénico.

Tanto que llegó á establecerse, además de los calendarios particulares de cada localidad, una especie de cómputo general por olimpiadas ó intervalos de cuatro años entre una y otra fiesta, y se adoptó como punto de partida la más antigua de las inscripciones que recordaban un triunfo en los juegos olímpicos, el de Korebos. Refiriendo esta fecha á la E. V. se tiene el año de 776.

Así como había juegos, había consejos ó cofradías que velaban por los tesoros de los santuarios, las *Anfiktiontas*; la que cuidaba del tesoro del templo, famoso entre todos, de Delfos, fué la más importante de todas; en ella estaban representados los miembros principales de la familia helénica, y si nunca, por desgracia, tuvo una importancia política real, sí logró alguna vez reunir á los helenos en un designio común, como cuando se trataba de vengar alguna injuria hecha al santuario; convocados los helenos á una guerra sagrada, obedecían entusiastas el llamado de los anfiktiones.

Éstos instituyeron también juegos en honor y provecho del dios de Delfos, que se llamaron Pythikos; en ellos la música coral y lírica hacía gran papel; hubo además los juegos celebrados en el Istmo, en honor de Poseidón, y en Nemea en honor de Zeus, que fueron también verdaderas fiestas nacionales. Cuando bajo los auspicios de Esparta se celebraron y garantizaron como inviolables los juegos olímpicos, puede decirse que ejercía ya la jefatura ó hegemonía de los griegos del Peloponeso.

4. La actividad mercantil á que había llegado el mundo helénico por la época de las guerras mesenias, era pasmosa; las ciudades heleno-asiáticas multiplicaban sus industrias, sus colonias, y se contaminaban con la cultura sensual de los lidios, de los semitas, con que se ponían en contacto. Las piezas de metal, desde tiempo inmemorial, servían, en formas fácilmente transportables (anillos, siclos, lingotes) como denominadores comunes de valores entre egipcios y asiáticos; mas era preciso pesarlas para conocer su valor intrínseco. Cuando un rey ó una ciudad garantizó el peso y la calidad de la pieza de metal con su sello, la *moneda* había nacido. Los lidios y los griegos de Argos se disputan el honor de esta invención; lo cierto es que ya por el siglo VII era conocida y había favorecido por extremo los cambios. Al mismo tiempo la navegación se perfecciona con la invención de la galera corintia ó *trirreme*; con esas naves los corintios escoltaban sus ricos convoyes por el mar iónico y las costas de Sicilia. En este concierto

de actividad y de ingenio, las ciudades de la Magna Grecia desempeñan un papel conspicuo. Un cambio en las instituciones se había verificado ya: las monarquías patriarcales, minadas por el poder de las familias que el comercio enriquecía, habían desaparecido y los patrios ó primates habían fundado en todas partes fuertes oligarquías; éstas, sin embargo, se habían encastillado en sus privilegios, y las clases populares hicieron bien pronto esfuerzos para derrocarlas agrupándose en derredor de jefes ambiciosos que, en Asia, lograron dominar con poder absoluto, dándose el nombre frigio de *Tirannos*, y que en Grecia lo intentaron, alcanzando á veces, como en Korinto y Sikione, crear verdaderas dinastías. Como las tiranías de la Grecia europea tendían á formar ligas contra la hegemonía espartana, encontraron en Esparta un constante enemigo que, estimulado con frecuencia por el oráculo de Delfos, enemigo, con pocas escepciones, de gobiernos personales é innovaciones peligrosas, procuró y consiguió en Grecia destruir las tiranías devolviendo el gobierno á las aristocracias. Por esta circunstancia, y sea cual fuere el interés egoísta que la guiara, Esparta no sólo tiene derecho á figurar en los repertorios de acciones morales como ejemplo de virtudes guerreras y de devoción profunda á la Patria, sino que tiene un lugar de honor en la historia, porque esforzándose en derrocar las tiranías, salvó, puede decirse, la civilización humana; las tiranías, e. d., los gobiernos buenos ó malos, pero sin ley, disolvían el carácter helénico degradándolo por la servidumbre y corrompiéndolo con la prosperidad material; si las invasiones persas, en vez de hombres libres hubiesen encontrado en Grecia pueblos sin dignidad, el naufragio de la cultura helénica habría sido muy probable. Con las constituciones aristocráticas salvó Esparta la libertad.

4. Una península triangular cerrada en la base por los montes de Beocia y cortada de la base al vértice (cabo Sunion) por las serranías marmóreas del Pentelikos y del Hymetos, rico en miel; una tierra estéril y pedregosa, que produce parcamente algunos cereales y el olivo, el árbol de Athena; que presenta al E. su costa tendida al mar Egeo (Marathón) y está bañada al O. por las entradas del Golfo Sarónico, separado por menos de una milla del Golfo de Korinto y encerrado entre la isla de Egina, las costas de la Argólida, el Istmo, tal es el Atika. Clima salubre y templado; atmósfera tan serena y luminosa que los picos de las montañas graduaban exactamente un gran segmento del horizonte para indicar las estaciones; tan cercana al Asia menor que

una ráfaga de viento ponía á Athenas á un día de distancia del Helesponto; mezclada á todos los elementos de actividad del mundo marítimo, como que de sus costas parte un enjambre de islas (las Kykladas) que va á perderse en las desembocaduras de los ríos de Ionia; población sobria, curiosa, trabajadora, bien constituida de cuerpo, admirablemente equilibrada de espíritu; estos son los rasgos característicos de aquella comarca, tierra santa de la civilización. Esa población se había mezclado lentamente; los pelasgos, que se agruparon en derredor del santuario de Zeus, los fenicios que se establecieron en la Isla de la Paz (Salamis pegada á las playas áticas), y luego los ionios venidos del Asia con diversos nombres bajo los auspicios de su dios Apolón, se mezclaron y fundieron como razas, pero formando núcleos distintos, unos dedicados á las industrias marítimas, otros á la agricultura en el fértil Valle del Kefisos; estos son los tiempos míticos de Kekrops. El grupo agricultor tenía su principal santuario en una de las colinas de aquel valle, la más central y la más defendible, el Akropolis, y ahí veneraba á Athena; cuando los ionios y los pelasgos se unieron, el Akropolis fué la aldea principal de la comarca. Cada una de esas aldeas tenía su rey y su constitución doméstica que bajaba de la fratria, al genos y á la familia propiamente dicha; cada uno tenía su culto doméstico de los padres y su culto cívico. Por fin todas las del valle se reunieron formando un sinekismo ó confederación en los tiempos legendarios de Theseo; todos admitieron como divinidad poliada (protectora de la ciudad) á Athena, y el rey sacerdote tuvo su casa y el hogar de la ciudad en el Pritaneo, junto al Akropolis.

Los refuerzos que recibió el elemento iónico en la época de las invasiones dóricas, le dieron una preponderancia definitiva, y los ionios refugiados en Atika huyendo del Peloponeso, fundaron una dinastía que reinó en Athenas hasta que desapareció con Kodros, quedando sustituida la monarquía por una aristocracia en que la antigua familia real hizo el principal papel; los jefes de esa aristocracia ó oligarquía se llamaron *arkontes*. Con el trascurso de los siglos aquella ciudad, que puede considerarse como el tipo del Estado helénico, es decir, una sociedad en que la seguridad de cada uno estaba garantida por la comunidad, fué acercándose paulatinamente á la democracia. Las clases de los Eupatridas (patricios-nobleza), la de los geomoros (cultivadores) y la de los demiurgos (artesanos), dividían la ciudad socialmente, y las *file* ó tribus la dividían políticamente; la institución del arkon-

tado, de vitalicia y unitaria, llegó á ser anual y á dividirse entre varios. Las clases populares obtuvieron á consecuencia de este triunfo, una legislación escrita (antes el texto de las leyes era conservado tradicionalmente por los eupatridas), y á esta legislación que no hizo más que consignar la severa penalidad existente, ha unido su nombre el Arkonte Drakon.

Por todas partes surgían entonces las tiranías en las ciudades griegas, y aprovechando el incremento de la fracción popular, hubo quien intentara en Athenas establecer una tiranía (Kylon). Fracasó la tentativa, y la aristocracia, para castigarla, no retrocedió ante el sacrilegio; los *alkeonidos* hicieron matar á los refugiados en los templos; Athenas pasó después de esto por una serie de perturbaciones que acabó con la expulsión del *genos* sacrilego y la designación de un personaje que á un tiempo era mercader y viajero, eupatrida y poeta, Solón, para reorganizar la ciudad. (Comienzos del siglo VI a. E. V.)

Solón trató de remediar primero el estado social; éste era muy grave. La pequeña propiedad hipotecada al pago de intereses crecidísimos, iba cayendo en manos de los ricos que tenían á su disposición una legislación terrible contra los deudores. Por entonces el uso de la moneda se había generalizado; varias ciudades griegas de Asia y Europa ponían su sello á las piezas de oro y plata; pero como había poco numerario, los ricos lo absorbían todo y fijaban arbitrariamente la relación entre el oro y la plata, haciéndose pagar sus intereses en esta moneda depreciada. Solón levantó y fijó el valor de la *dracma* de plata en relación con la *mina* de oro, y resultó que pudieron los deudores pagar sus hipotecas con un 28 por ciento menos del capital que antes necesitaban; así los campos quedaron liberados; además, se prohibió la servidumbre por deudas. Pero estas medidas sólo podían adoptarse de acuerdo con los ricos que en compensación obtuvieron ventajas políticas. Solón dividió la ciudad en cuatro clases; la primera era la que pagaba mayor contribución valorizada en medidas de cebada; á ésta quedó reservado el arkontado y los supremos consejos. En menor escala iban quedando los privilegios de las otras clases; pero todas juntas tenían el derecho del voto, y hasta el último miembro de la última clase podía, enriqueciéndose, llegar á la primera; se trataba, pues, de una oligarquía abierta. Pero al lado de estas innovaciones Solón supo mantener el prestigio de una institución por excelencia conservadora: el *Areópago*. Era éste un consejo formado por los más al-

tos funcionarios del Estado, cuando dejaban sus empleos, que se reunía en el Campo de Arés (Marte dicen los latinos), y á cuyos fallos, según la tradición, hasta los dioses se habían sometido; el Areópago velaba por la pureza de las costumbres, castigaba á los que ultrajaban las cosas santas y podía poner su *veto* á las decisiones de los funcionarios públicos. Solón dictó otra serie de disposiciones para corroborar su obra y creyó dejar feliz á Athenas.

Pero su Constitución no tuvo tiempo de consolidarse; los elementos populares que entraban con ímpetu á la vida pública rompieron los valladares legales y empezaron por darse un jefe, un corruptor insigne, Pisistrato, admirable comediante que hizo creer al pueblo que estaba á punto de perecer por amor á las musas, y se hizo decretar una guardia, que creció y le ayudó á señorearse del mando. Así fundó su tiranía; estaba vigente la Constitución de Solón, pero relegada; la ley suprema era la voluntad del tirano. Todo lo tuvieron los atenienses bajo Pisistrato: paz, prosperidad, mejoras materiales; todo menos lo que da á todo eso un precio para el alma: la libertad. Cuando Pisistrato murió, sus hijos le heredaron; uno de ellos pereció en una conspiración. Los *Alkmeonidas* que habían reconstruido el templo de Delfos, lograron que la *pítia* decidiese á los espartanos á ayudarlos á arrojar de Athenas á Hyppias, el hijo de Pisistrato, que huyó á Persia (510). El partido oligárquico, apoyado por Esparta, había triunfado y quiso reformar la constitución solónica en sentido aristocrático; un alkmeonida que tenía sangre de tiranos en las venas, Klisthenes, se opuso y á fuerza de tenacidad y de audacia venció á los oligarcas, logró conjurar las tentativas de Esparta que había llegado á aliarse con el hijo de Pisistrato después de haberlo combatido, y desarrolló el principio de igualdad contenido en la Constitución de Solón, fundando una *democracia*. Las antiguas cuatro tribus iónicas habían mantenido á pesar de Solón, su estructura interior religiosa y nobiliaria; en las tribus ó *file* no había la igualdad que debía existir en la ciudad; Klisthenes las rompió, las distribuyó arbitrariamente en diez tribus que comprendieron toda la población del Atika, extranjera ó no, y cada tribu fué dividida en diez distritos ó *demos*; las asambleas de las tribus se verificaban en la ciudad, de ellas resultaba el *bulé* ó Senado. Los sacerdocios aristocráticos y las distinciones en el interior de las tribus cesaron; las elecciones se hicieron por suerte, es decir, para que la divinidad decidiera. Se dice que Klisthenes para impedir que el in-

flujo de un ciudadano pudiera estorbar el gobierno del pueblo, aun cuando debiera este influjo á la virtud, autorizó á los *demos* para expulsarlo temporalmente; como este voto se inscribía en conchas de ostras, la institución se llamó *ostrakismo*. Se agrega que el primer ciudadano á quien el ostracismo se aplicó fué Klisthenes.

BIBLIOGRAFÍA.—Iliada y Odisea. Herodoto. Plutarco. Historias de los Griegos de Grote, Curtius y Duruy (en fr. y esp. la última). La de Grecia en la colección de Oncken en esp. *F. de Coulanges: la ciudad antigua*. Sierra. Hist. de la Antigüedad.

LAS GUERRAS HELENO-PÉRSICAS.

(Siglo V a. E. V.)

1. Ionios y bárbaros.—2. Principio de la guerra; Marathón.—3. Segundo período: los espartanos y las Termópilas; los atenienses y Salamis; Plateas y Mykalé.—4. La confederación iónica y la Hegemonía marítima de Athenas; Kymón y el fin de la guerra.

1. El famoso rey de los lidios, Kroisos ó Cresos, capturado por Kyros en 554, había intentado no sólo dominar á los ionios de Asia y de las islas, sino atraérselos por medio de una política eminentemente helénica cuya muestra fué la veneración hacia el oráculo de Delfos. Los persas lograron, no sin sangrientas luchas, someter á las ciudades ionias y favorecieron en ellas el afianzamiento de las tiranías; grandes porciones de la familia ionia se expatriaron en masa, como los Fokeneses que fueron á establecerse en las costas italianas. Hubo sin embargo poblaciones insulares bastante poderosas para mantenerse independientes, como Samos, que bajo el gobierno de Polykrates, cuya felicidad envidiaban los dioses, llegó á señorearse del mar Egeo en el siglo VI a. E. V.

Darios no era un conquistador, sino un administrador, un usurero, decían los persas; pero por un lado la tendencia á dominar el Mediterráneo propia de todos los imperios que se establecen en el Asia anterior, la de impedir la renovación del peligro de una invasión scítica como la de los Kimmerios, y por otro la ambición de su esposa, la hija de Kyros, que tenía noticia de la debilidad de los helenos, impulsaron al *gran rey* (nombre que se daban los emperadores persas) á empen-

der una serie de expediciones en Europa. Cuando casi vencido por los scitas, regresó Darios al Asia, hizo perseguir al ateniense Milciades, tirano del Quersoneso de Tracia (Galípoli), que pretendió cortarle el paso, y acto continuo envió una expedición exploradora por las costas de Tracia. La insurrección de Miletos y otras ciudades ionias, á consecuencia de un conflicto entre el tirano Aristágoras y uno de los sátrapas, ocupó por entonces todos los recursos del gran rey. A ruegos de Aristágoras que se dirigió en vano á Esparta, los atenienses tomaron parte en los comienzos de la lucha que se señaló por el incendio de Sardes, antigua capital del reino de Lidia, y entonces capital occidental del imperio persa. Luego se retiraron, pero Darios no les perdonó el ultraje. Al cabo vencidos por mar los ionios y tomada y casi destruída Miletos, la insurrección ionia que había durado poco, quedó sofocada, los griegos de Asia reducidos á la impotencia (490) y Darios expedito para enviar sus escuadras á castigar á los atenienses. Hyppias, el hijo de Pisistrato, se lo aconsejaba, y uno de sus domésticos tenía encargo de decirle á cada instante: "Señor, acordaos de los atenienses."

2. El incendio de Miletos iluminó con sangriento resplandor el porvenir del mundo helénico; la Grecia se encontró repentinamente en contacto con el inmenso imperio persa, que tenía sobrados elementos para convertir á la península entera en una satrapía y que dominaba ya el comercio del Mediterráneo oriental. Si salvación podía haber de lo que podía considerarse como el destino manifiesto, estaba en la unión; los espartanos prometieron ayudar á Athenas directamente amenazada; sólo los platenses de Beocia llegaron á tiempo. La escuadra persa, mandada por el meda Datis, y trayendo á bordo á Hyppias que prometía sublevar una parte de la población del Atika, vino por las islas, y después de castigar á una población de Eubea, que también había auxiliado á los ionios, arribó á las playas de Marathón, en donde efectuó su desembarque. Los atenienses mandados ese día por aquel tirano del Quersoneso, á quien Darios odiaba, Milciades, rompieron con sus alas los extremos del frente de batalla persa, y reuniéndose á su retaguardia, los encerraron en un círculo de hierro y de brava y los destrozaron; aun lograron atacándolos heroicamente apoderarse de algunos barcos. La flota persa que esperaba la sublevación de los partidarios de Hyppias y que al dar la vuelta al Sunión se encontró en Athenas á los vencedores de Marathón, se retiró al Asia menor.

El mundo helénico se conmovió profundamente al anuncio de la victoria, los dioses combatían por los hombres libres; Athenas tuvo fé en sí misma, y el campo de batalla de Marathón se transformó en un santuario nacional (490 a. E. V.)

3. La lucha empezaba apenas; bien lo sabían los atenienses. Era preciso prepararse mejor porque el choque iba á ser terrible, y realizar la unión helénica. El triunfador de Marathón, después de una expedición desgraciada en el mar Egeo, fué juzgado y condenado por aquel pueblo que lo había aclamado en el triunfo, pero que no sabía perdonar, y murió en la desgracia. Aristides, amigo del gran reformador Klistenes, y que se distinguía por su amor á la justicia y la alteza de sus sentimientos morales, y Temístokles, apasionado y violento, pero lleno de perspicacia y tan rápido y seguro en sus juicios como audaz en la ejecución de sus designios, eran los hombres prominentes de aquel período de crisis suprema para Athenas; Aristides, víctima del ostrakismo, dejó el puesto á Temístokles. Éste, ayudado por la pytia de Delfos, persuadió á los atenienses á que abandonaran á Athenas; el Areópago y las familias se trasladaron á Salamis (Salamina), y los hombres válidos se embarcaron en la flota que, en compañía de los otros contingentes del Peloponeso, se dirigió al canal de Eubea, en espera de la flota de Jerjes (Shayarsha).

El sucesor de Darios, no sin vacilar mucho, había decidido para vengar el ultraje de Marathón, apoderarse de la Grecia entera. Todas las satrapías de su imperio enviaron su contingente de guerra al ejército que se reunía en Sardes ó á la flota que se organizaba en las ciudades iónicas. Todas las lenguas se hablaban en el ejército de Jerjes, se usaba toda clase de armas, desde el arco y la pica hasta el lazo; se vestían todos los trajes del mundo, desde la piel sobre el cuerpo desnudo, hasta las ricas túnicas y las diademas de la guardia meda del gran rey. Cuando en 480 a. E. V. se puso en movimiento aquel ejército, parecía un mundo en marcha. Un doble puente sobre barcos construído por los egipcios y los fenicios, permitía pasar el Helesponto sobre una espléndida calzada al ejército y á su gigantesco tren de guerra. Jerjes, vengador de Hektor sacrificado por el heleno Akiles, se creía el representante de Asia en lucha con Europa; lo era más de lo que él mismo creía. Después de ver á su numerosa escuadra en que no escaseaban los buques ionios, pasar el canal del Athos, abierto expresamente para ella, tomó el camino de Makedonia y Tesalia. Po-

co tiempo después se presentaba en la puerta del angosto desfiladero de las Termópilas, pasadizo situado entre las pendientes del *Æta* y el golfo Maliako, célebre por sus fuentes termales. El rey Leonidas, con un grupo de espartanos y otros pequeños contingentes griegos, esperaba ahí al inmenso río asiático. Los espartanos vieron con profunda serenidad aquellas multitudes abigarradas; continuaron haciendo sus ejercicios gimnásticos, coronando sus largas cabelleras y blandiendo sus picas al compás de la flauta en la danza pírrica. Los medas atacaron, pero como su frente de columna era estrechísimo, iban muriendo; un traidor permitió á Jerjes flanquear la montaña; todo estaba perdido para los helenos. Leonidas los condujo en marcha rítmica al centro del enemigo, y cuando ya sus armas estaban rotas, se retiraron á una colina en donde morían abrazados; Jerjes hizo decapitar y crucificar á Leonidas. Su cruz descuella en la historia humana, que al llegar al episodio de las Termópilas se arrodilla como los fieles ante una reliquia santa.

Jerjes ocupó á Athenas desierta, y su flota que había sufrido serios contratiempos, penetró en el golfo sarónico. Temístokles fué el alma de la Grecia en aquel instante; á fuerza de tenacidad logró decidir á los peloponesios al combate, y á fuerza de astucia hizo que los persas los obligaran á combatir en Salamina. La flota pesadísima del gran rey, aglomerada ante las ligeras naves atenienses, fué desbaratada completamente; Jerjes huyó de Athenas á Sardes sin detenerse, y los restos de su flota volvieron á Asia (480 a. E. V.). Mas no había concluído la invasión, sino la primera campaña. Mardonios había permanecido en Tesalia con lo mejor del ejército persa. Al año siguiente se reapoderó de Athenas y luego se replegó á Beocia ante el ejército heleno que avanzaba. El encuentro tuvo lugar en Plateas y fué todo el honor del triunfo para los espartanos y su jefe Pausanias; la invasión estaba vencida en Europa. El mismo día de Plateas, los atenienses que habían perseguido á la flota de Jerjes y habían obligado á los persas á sacar sus galeras á tierra en un campamento fortificado (*Mykale*), obtuvieron una señalada victoria, se adueñaron de las naves y llamaron á los ionios á la libertad (479). Los helenos debieron estas maravillosas victorias á su inmensa superioridad militar, sobre los asiáticos; esta superioridad no sólo era física sino moral; eran soldados y ciudadanos, identificados con su hogar y con su patria. Los helenos salvaron en las guerras médicas á la civilización humana salvándose. Los per-

sas, aunque tenían una civilización considerable, habrían desconocido y ahogado quizás la de los griegos, que por suprema condición de desarrollo, tenía la libertad.

4. Los antiguos lazos históricos entre Athenas y los ionios se renovaron en la victoria y aunque Esparta tomó la dirección de la guerra marítima y puso al frente de la flota á Pausanias, el vencedor de Plateas, cuando éste forjó por su cuenta y riesgo una especie de alianza con el gran rey, y acusado de traición, tuvo que marchar á Esparta, la liga de Athenas y las ciudades iónicas se organizó inmediatamente bajo la dirección suprema de Aristides. Esta liga era una federación en que acabaron por entrar, con los helenos de Asia y de Tracia, las islas del mar Egeo; la ciudad santa de los ionios, Delos, fué el centro de la confederación y en ella se depositó el tesoro. Aquello era una verdadera anficiónia bajo los auspicios de Apolón, como la de Delfos.

Athenas merecía el honor de ejercer la *hegemonía* marítima por su comportamiento en la defensa nacional y por su aptitud especial para ello; gracias á la astucia de Temístokles, á pesar de la oposición abierta de los espartanos, la ciudad se había rodeado de fuertes muros y había convertido á la península del Peireos (*Pireo*) en una fortaleza también; de ahí partían y ahí quedaban perfectamente seguras las escuadras atenienses. Fué este el último servicio de Temístokles; acusado de complicidad con Pausanias, recorrió fugitivo la Grecia y se refugió entre los Persas; es de desearse para la fama de hombre tan notable que sea cierta la tradición que refiere que se dió la muerte antes de cumplir las promesas parricidas hechas al gran rey.—Pausanias había muerto emparedado en un templo en que se había refugiado en Esparta; su propia madre ayudó á cerrar aquella tumba terrible del traidor.—Aristides moría pobre después de una vida de justicia, de patriotismo, de inmaculada probidad; Athenas costeó sus funerales. Entonces entra al primer término de aquella época grandiosa, Kymón, el hijo de Milciades, devoto de las instituciones espartanas, como jefe que era del grupo decadente de los eupatridas, pero popular en alto grado, por su generosidad, su prodigalidad y su amor al arte. Kymón llevó por donde quiera la victoria; la Ionia asiática quedó libre de amagos persas y después de la gloriosa batalla del Eurymedón, no quedaba al gran rey otro recurso que la paz; se dice que esta fué celebrada en 449 y que por ella los persas se obligaron á no penetrar nunca en el mar que se extiende del Bósforo á Rodas.

Antes de esto Kymón había obligado por la fuerza á algunas de las islas confederadas que quisieron emanciparse á seguir en la liga como tributarias. Y sin embargo, el grande hombre fué victima del ostrakismo; su adhesión á Esparta, el auxilio que hizo que Athenas enviase á su rival para auxiliarla contra los mesenios rebeldes y que fué desairado, cambiaron el ánimo del pueblo. Pero cuando los espartanos y los beocios lucharon contra Athenas, Kymón volvió y combatió como un soldado. Murió á poco en Kypre (449). Las guerras heleno pérsicas habían terminado.

BIBLIOGRAFÍA.—Herodoto. Plutarco, y obras de modernos citadas; los *Griegos* (col. Oncken.)

APOGEO DEL DESARROLLO HELÉNICO.

(Siglo V & IV a. E. V.)

I. La democracia y Perikles.—2. Los años de paz: Athenas centro intelectual y artístico del mundo helénico.—3. La guerra del Peloponeso, sus causas, sus grandes episodios; las consecuencias.—4. Helenos y persas; la "Retirada de los diez mil" y el mercenarismo.—5. Sókrates.—6. La hegemonía panhelénica de Esparta.—7. Thebas y el mundo helénico al mediar el Siglo IV a. E. V.

1. Perikles ha sido el gran demagogo (conductor del pueblo) de la antigüedad helénica. Cuando entró en la vida pública encontró á Athenas presa de una profunda agitación política; en los días de la guerra de independencia, aristócratas y demócratas reconciliados habían cumplido con su deber; pero luego la democracia reforzada con el aumento y la prosperidad de la población marítima, había vuelto á la lucha, procurando con ardor el pleno desenvolvimiento de la obra de Klis-thenes. Tenía á Efialtés por jefe, mientras el patriciado se agrupaba en torno de Kymón, el vencedor de los persas. El blanco de los tiros democráticos era el Areópago; su derecho de oponerse á las leyes contrarias á la constitución, su facultad de velar por el cumplimiento de las leyes, daban á este cuerpo aristocrático un carácter que estorbaba al progreso popular. Por fin Efialtés logró que pasaran al Estado esas prerrogativas políticas y un cuerpo de magistrados (Nomofilakas) nombrados por suerte las heredó. Es probable que Perikles ya fuese el verdadero inspirador de esta reforma. Otras vinieron también: la igual-

dad entre los ciudadanos era una ironía mientras unos tuviesen dinero de sobra y á otros les faltase absolutamente. Esto no era tan difícil de remediar en Athenas, pequeña sociedad, que tenía en su base la esclavitud (sin la cual habría sido difícil á los trabajadores entregarse cuotidianamente á sus tareas públicas). Convertir á la ciudad en un taller inmenso de obras de arte por cuenta del Estado; mantener el trigo á bajo precio; multiplicar las fiestas y las distribuciones gratuitas que hacían del pueblo el convidado perpetuo de la ciudad y, por último, dar un salario á cuantos ejercían un cargo público, e. d., á la inmensa mayoría de los ciudadanos, innovación debida á Aristides, según dice Aristóteles en su *Constitución de Athenas*, tal fué en este sentido la obra reformista. ¿Y cómo ejercía su poder el pueblo? Además del Senado (Bulé) el pueblo formó dos clases de asambleas: la *Ekklesia* para elegir los magistrados y confirmar las leyes que el Senado preparaba, y la *Helica* para ejercer las funciones judiciales.

El ejercicio directo de la justicia por el pueblo, es el carácter dominante de la democracia en Athenas. Los *arkontes* [funcionarios puramente honoríficos] escogían por suerte un número determinado de *heliastas* que se dividía en diez secciones de quinientos ciudadanos [*dikasterias*]. Todo caía bajo la jurisdicción de estos jurados, y á todo se daba para ello la forma de un debate jurídico: tratados, exámen de la constitucionalidad de las leyes, legalidad y conveniencia de los nombramientos de funcionarios, responsabilidades, aprobación de las obligaciones financieras de la ciudad, etc. Así la plena Asamblea popular estaba en realidad vigilada y contenida por estos magistrados juramentados, asalariados y asesorados por una Comisión especial de peritos [nomotetas] y que ejercían la justicia suprema no sólo sobre los atenienses, sino sobre toda la confederación; de modo que cuanto importante litigio privado y cuanto proceso político y criminal de consideración nacía en Ionia ó en las islas, se resolvía por los heliastas atenienses.—Los generales ó *estrategas* que se turnaban en el mando del ejército, eran elegidos nominalmente por el pueblo; esta magistratura se reservó Perikles; el pueblo se la confirió por medio de una reelección constante. La obra reformista en que Perikles tomó parte activa fué una necesidad, una exigencia de la democracia; haberle dado plena satisfacción con los salarios y los sorteos, y haber equilibrado sus tendencias al absolutismo por medio de una ingeniosa distribución de funciones, tal fué la reforma, que desde entonces fué acerbamente criticada,

como escuela de pereza y charlatanería para el pueblo, pero que sin duda no pudo ser otra cosa que lo que fué.

2. Todo era educación en el mundo helénico: religión, letras, artes, régimen político, todo alimentaba, desenvolvía, elevaba el espíritu; una ciudad griega era un *pedagogio* supremo. La educación de la niñez y de la juventud era obligatoria en muchas ciudades helénicas; en Atenas la obligación no tenía sanción; había entrado plenamente en las costumbres. El niño jugaba en el gineceo bajo la vigilancia materna hasta los siete años; después iba á la escuela conducido por el *pedagogo*; ahí aprendía á leer, á escribir, á contar. El gramatista, el kitarista y el gimnasta lo recibían luego; lectura de los poetas (los maestros por excelencia de la juventud, los padres de las grandes ideas y de los grandes entusiasmos, que eran los educadores por excelencia de los griegos) cantos y danzas, aprendizaje de la lira y de la flauta, ejercicios corporales en las palestras (luchas, carreras, etc.) y en fin el dibujo, un conocimiento superior de la aritmética, de la geometría, de la astronomía, tal era la educación del adolescente; una verdadera *educación* en el sentido de que toda se encaminaba, aun la educación física, aun la música, removedora de toda sensibilidad, á formar el ser moral, el hombre completo. El adolescente se convertía en joven é ingresaba entonces en la *efebia*, institución militar á que pertenecían los hijos de familia de las tres clases acomodadas; los otros necesitaban trabajar.—Entre los efebos, unos, los ricos, pertenecían á la caballería, otros eran hoplitas; juraban defender la patria y toda su educación estaba orientada en este sentido; pero continuaban sus estudios superiores; los físicos, en los gimnasios públicos, admirablemente decorados, y los demás, en las casas de los sabios, de los filósofos.

La Filosofía.—El espíritu nuevo había invadido á Atenas entre el V y IV siglos. La religión, símbolo eterno de la patria helénica, vivía aún; mas, sin predicaciones ni propaganda, era más bien un ceremonial augusto que se aprendía en el hogar, en la literatura, en las fiestas. Los *misterios*, como los de Eleusis, en que por medio de una iniciación se penetraba en el secreto de ciertos mitos (el de *Demeter*, la tierra fecunda, y *Persefoné*, el grano que se esconde y vuelve en forma de planta á la luz, robada por *Hades*, el infierno, y recobrada luego) atraían cada vez mayor número de devotos. Era el afán de penetrar en el por qué de las cosas. De aquí había nacido en Ionia una manifestación mental nueva, única entonces en el mundo circummediterráneo: *la Filosofía*. Este vocablo es sinónimo de ciencia; lo que nosotros así llamamos nació entonces; un filósofo ó sofista, términos idénticos al principio, equivale á lo que hoy apellidamos un sabio. Hoy que la filosofía no es más que la síntesis suprema de la ciencia, no es malo recordar que al nacer no se distinguían una de la otra. Curioso infinitamente y obligado por la conformación de su espíritu á buscar la ley ó la razón última de todo, el heleno de Ionia fué el primero en inquirir el por qué del universo; de aquí brotaron

sistemas completos y armónicos como obras de arte. El fundamento de todo, el primer elemento, es *el agua*, decía Thales; es la materia infinita, decía Anaximandro; el aire infinito, opinaba Anaximenes, todo es el éter más ó menos condensado. De Ionia la filosofía emigró á la Magna Grecia; con Xenófanes aparecía en Elea, con Pytágoras en Krotona; debe haber algo exterior á la naturaleza (e. d. metafísica) que la explique, algo no material: el *número*, que explica la universal armonía, afirmaron los pytagóricos; el *ser*, único y eterno, dijeron los de Elea; todo es apariencia, sólo *El* es realidad. La escuela Ionia tornó á hablar: ni es posible conocer al Ser (lo Incognoscible) ni es posible llegar á la realidad de los fenómenos; todo es transformación perpétua, todo es un perenne *advenir*; tal fué la doctrina nueva (Heráklito). La conciliación de estas doctrinas suscitó nuevas escuelas; Anaxágoras las rechazó en los comienzos del Siglo V y proclamó la existencia de la inteligencia infinita y espiritual, y Demókrito, mostró cuán vano era todo lo que no buscaba en la materia y en las combinaciones atómicas la explicación de cuanto existía.

Esta inmensa corriente intelectual descendió de las alturas del pensamiento á la masa social, que sentía que todas las creencias se desquiciaban bajo ella; los filósofos empezaron á aplicar á la política sus ideas y formularon constituciones, generalmente efímeras. Otros, predicando el escepticismo, dudando de todo, sólo retenían el arte de pensar sutilmente y los helenos se embriagaban con esta maravillosa prestidigitación de la palabra; estos se llamaron *sofistas* y fundaban escuelas para enseñar la elocuencia y el arte de raciocinar; por ello recibían un salario.

Perikles fué amigo de los filósofos que vinieron á Atenas; los defendió cuando el miedo religioso los combatió; la que hacía el papel de esposa á su lado, la bella Aspasia, fué el centro de un vasto grupo de pensadores; Perikles comprendió que era preciso para mantener la religión, idealizarla, y la poesía y el arte se encargaron de ello.

La Literatura.—Vimos nacer del movimiento creado por la poesía épica, el iambo y la elegía, impregnados de pasión patriótica y política; una transformación de la lira convertida por Terpandro en instrumento de siete cuerdas dió origen á formas nuevas en el canto y la danza, y la poesía lírica, expresión de los sentimientos del cantor, apareció entonces. Esparta fué, por su alto papel en la Grecia anterior á las guerras médicas, el centro á donde convergió esta actividad. Todo lo expresó la lira heptacorde: la voluptuosidad delicada é impura de Anakreón, los ardientes himnos nupciales de Sappo, los sentimientos de patriotismo panhelénico de Simonides, el poeta de las luchas heroicas con los persas, y los divinos acentos del beocio Píndaro en celebración de las victorias agonísticas.—Cuando Atenas se convirtió en el centro intelectual de los helenos ya había creado un género de poesía que reunió las cualidades de la lírica y la épica: *el Drama* (tragedia y comedia). Nacida en las fiestas de Dionisos cuando la narración de la vida del Dios alternó con los coros, puesto el narrador sobre un tablado, pronto se ensanchó hasta servir para dar la vida del día-

logo á los grandes mitos y las leyendas célebres. El narrador representó á los dioses y á los héroes y no siguió estando solo; un nuevo actor se le agregó, la escena tomó magníficas proporciones, un inmenso hemicírculo apoyado en el Akropolis y lleno de sillas de mármol fué el templo de aquella nueva forma del arte. Es-kylo apareció; sus tragedias, expresiones simbólicas á veces del estado político de Athenas (como *la Orestia*, trilogía cuya pieza final divinizaba al Areópago) tienen un carácter sacerdotal y profético, que da no sé qué aspecto extraordinario á sus creaciones de una soberana elevación moral. Sófokles, más humano, más armonioso, más perfecto, menos pomposo y menos alto que Es-kylo, es el verdadero poeta de la época de Perikles y de la supremacía de Athenas. Eurípides que vino después descendió todos los peldaños de la pasión humana; sus obras conmueven más, pero inspiran menos la pura y verdadera emoción de lo bello. La comedia, nacida de las farsas desenfadadas que tenían su origen también en el culto de Dionisos, tuvo como principal intérprete á Aristófanes, flagelador implacable y exageradísimo de la democracia y de los demagogos, cuya *verba* era maravillosa de ira, de pasión y de gracia en la sátira y que alguna vez se encumbraba á las más altas cimas de la poesía.

Jamás hubo siglo que creara tanto. La filosofía, el drama, la historia, que de las simples narraciones de los logógrafos se había elevado á una obra de arte (de razón y poesía al mismo tiempo) con Heródoto, y la elocuencia, hija de la democracia que en el siglo V se encarnó en Perikles, son las manifestaciones geniales del espíritu helénico y del ático particularmente. Y es que en Athenas, la democracia era veleidosa, irrespetuosa, llena de capricho y de pasión, pero adoradora de todo lo que era inteligencia; fué la única aristocracia que aceptó siempre. Por eso Perikles que vivía retraído, que descendía de la raza sospechosa de los almeonidas, que se parecía á Pisístrato, nunca tuvo ni un soldado para imponerse, ni una adulación al pueblo para ofuscarlo; su elocuencia por lo levantada y por lo serena mereció ser llamada olímpica y con su sola elocuencia gobernó á Athenas.

El Arte.—Perikles administrador principal del tesoro público, con el que llegó á confundirse el de la confederación transportado al Akropolis, regulador de las fiestas públicas y árbitro de las construcciones del Estado, pensó en hacer de Athenas la capital del mundo artístico; fuera de sus gustos personales, lo empeñaban en ello tres grandes móviles: dar trabajo bien retribuido á toda la población necesitada, era la idea social; dar á la religión y al culto una pureza y majestad casi ideales, para impedir que el fanatismo ó el escepticismo se apoderasen de la democracia, era la idea patriótica; y hacer digna á Athenas de ejercer la hegemonía espiritual sobre una Grecia confederada, era la idea panhelénica. Con este fin invitó á los helenos á formar una especie de anficiónía para reparar los templos destruidos por los persas; la envidia que ya despertaba Athenas, sobre todo en Esparta y Korinto, hizo inútil la tentativa. Entonces emprendió la ciudad las cosas por sí misma. La Grecia entera comenzaba á po-

blarse de templos, de obras escultóricas y pictóricas que indicaban que la emancipación del arte asiático era completa; en las islas, en Argos, en Egina, sobre todo, célebre por sus fundiciones de bronce, el progreso era notable. En Athenas misma, bajo los auspicios de Kymón se había hecho mucho, Fidias había esculpido para el Akropolis su estatua colosal de Athena Promakos, y Polignoto, admirable pintor de historia, había decorado algunos edificios públicos.

Perikles, asociado á Fidias, dirigió las cosas más sistemáticamente; el Atika entera, desde el cabo Sunión, espléndidamente coronado de templos, hasta Eleusis, que vió renovado el santuario de los misterios de Demeter, un ejército de artistas trabajaba con increíble actividad. Athenas se llenó de obras de utilidad y arte; entre las primeras descuella el puerto triple del Pireo, el mejor de Grecia; entre las segundas los edificios incomparables del Akropolis, desde las Propyleas que eran su vestíbulo espléndido, hasta el *Parthenon*, el templo de la virgen Athena, que era su corona y que fué y es la piedra de toque del arte de construir y esculpir, en su esfera más luminosa y serena. Dentro del *Parthenon* una estatua crysoelefantina (de oro y marfil) de Athena proclamaba el genio de Fidias. La Grecia entera se conmovió con aquellas maravillas y en donde quiera los gérmenes sembrados por Athenas produjeron una florecencia bellísima de mármol y bronce. Olympia se distinguió entre todas, levantando á Zeus que presidía los juegos, un templo de primer orden, en cuyo centro la imagen, ó mejor dicho, la ofrenda al Dios, estatua esculpida por Fidias, realizaba el ideal teológico y artístico de aquella época sin par.

Así transcurrían los años de paz. Athenas era dichosa, en ella se reunían todos los helenos notables; en las fiestas que cada cuatro años celebraba en honor de Athena (las grandes *panateneas*) se daban cita todos cuantos podían hacer esa especie de peregrinación que completaba la educación de aquel pueblo, amante perpetuo de lo bello. Todas las industrias eran importadas en Athenas y ahí se perfeccionaban; la cerámica, sobre todo, que hasta en sus más humildes productos, vasos y lámparas de ínfimo precio, mostraba el sentido delicado de la forma, la limpieza de concepción y la serenidad que en grado supremo brillaban en las obras de Fidias. En cambio de estos artefactos derramados en los mercados desde Crimea á Ethiopía y de Cádiz á Susa, los atenienses recibían los cereales de las costas del Euxino, en flotas consagradas á este tráfico solamente, y esclavos, peces y pieles de esas mismas regiones; maderas de Tracia, frutas de Eubea, uvas de Rodas, vinos de las Islas, tapices de Mileto, metales de Kypre, incienso de Siria, dátiles de Fenicia, papiro de Egipto, sillón de Kyrene, golosinas de Sicilia, calzado fino de Sikyona, etc. Aquella paz debía de durar un siglo; duró unos cuantos años.

3. La antítesis radical, entre el espíritu abierto de los ionios y el estrecho de los dorios, yace en el fondo del conflicto entre Athenas y Esparta; la suerte de Athenas, centro glorioso del mundo helénico, y la